

es el clima, mortífero para los europeos. Y en este caso, la estrategia no puede pretender más que resultados parciales y esencialmente transitorios, y por buena voluntad que muestre no logrará extinguir la última brasa que pudiera en su día convertirse en hoguera.» Otras apreciaciones respecto á Cuba hemos leído en Nolte, que no creemos oportuno copiar en nuestras revistas; bástenos decir que todo lo espera de la libertad de comercio, y que ésta no le parece fácil con la soberanía española. Tampoco nos parece justo el autor en la apreciación de los motivos que tuvo el General Prim para retirar el ejército español de Méjico, y al decir que «los ambiciosos proyectos que habia formado por cuenta propia se vieron desconcertados por los muy evidentes del Gobierno francés respecto á Maximiliano.» Respecto á la expedición de españoles y franceses al Annam, juzga como debe la bravura y buena disciplina del ejército filipino que tomó parte en la lucha, aunque no en el botín de la guerra. Cita el proyecto de Balmes, á quien llama *Diputado á Cortes*, relativo al matrimonio de Isabel II con el Conde de Montemolin, con objeto de poner término á la guerra civil. Dedicó Nolte largos capítulos á los asuntos interiores de España y á nuestras guerras civiles: de los carlistas dice «que el amor á la legitimidad les sirve de excusa; pero que en realidad sólo es un velo que sirve para cubrir su ambición:» no cree en manera alguna muerta la causa del Pretendiente, y espera que de un día á otro se presente con las armas en la mano, si bien añade: «¡Plegue á Dios, para que España no se detenga en la vía del progreso y regeneración que á grandes pasos recorre, que jamás se conviertan en realidad tan fundados temores!»

El castellano fuera de Europa.

Solían los antiguos hidalgos, infatuados con los timbres y blasones de su casa, allá cuando podían pensar en estas cosas, preguntarse qué sería de sus familias y Estados cuando pasasen después de la suya dos ó tres generaciones. Lo mismo pueden preguntar los pueblos al contemplarse encerrados dentro de limitado país, ó ver propagado con su raza su espíritu y su idioma por lejanas comarcas. El pueblo español no es de los que menos lisonjeros resultados pueden obtener de esta especie de exámen de lo porvenir, al mirar robustos y numerosos renuevos en las tierras americanas, y al escuchar su idioma, ya en medio de los eslavos y de los turcos, guardado como una joya por los judíos, á quienes debemos la famosa *Biblia de Ferrara*, ya extendido con los beneficios de la civilización desde las fronteras de los Estados-Unidos á la Tierra de Fuego. En Buenos-Aires el Dr. Wilde, para quien en otra ocasión tuvimos censuras y en ésta elogios, hallándose al frente de la Instrucción pública de la nación argentina, ha celebrado un contrato con un editor para traducir á nuestro idioma las principales obras modernas escritas en los extranjeros. Bello, un americano, ha compuesto la que nos parece mejor entre todas las gramáticas de la lengua castellana; Baralt, otro americano, y por cierto del mismo país que Bello, sometió al crisol académico, para depurarlas, varias locuciones corrientes de nuestros días en su *Diccionario de galicismos*; Calandrelli, en Buenos-Aires, publica su gran *Diccionario etimológico*; el General Guzman Blanco y el escritor ecuatoriano Montalvo, aquél en su discurso inaugural de la Academia venezolana, y éste en sus *Siete Tratados*, recuerdan como gloria de América el origen español, y, según el último, las *gotas de púrpura* de la sangre americana, es decir, sus más preciosas cualidades, proceden de nuestros padres. Verdad es que, como todas las lenguas europeas en América, sufre el castellano modificaciones importantes; que al cabo las lenguas son seres vivos, susceptibles de afecciones y enfermedades; pero ¿quién sabe si nuestra literatura, que en algunos géneros está ya en decadencia, no necesitará de nuevos ejemplos, y nueva sangre, que andando el tiempo se lleguen á tomar de los americanos? ¿Quién sabe si nuestras letras, como las griegas, no florecerán á Oriente y á Occidente en varios dialectos y en escuelas diferentes? Así como los americanos, si quieren conservar intacto el heredado patrimonio, se inspirarán en el antiguo, pero nunca viejo Garcilaso, en el bíblico, severo y grandilocuente Herrera, en el sentencioso Saavedra, alquimista de la frase y de la palabra, y en el inimitable modelo de Cervantes, nuestros

poetas principalmente admirarán á Bello, á Olmedo, á Arboleya, á Lozano, á Mármol, y, en suma, á cuantos allende el Atlántico han evocado tan dulces sonos de la lira castellana. Nuestra lengua se ha puesto, no al servicio de las cortes, y por ende al de la mentira, como la francesa, ni al de ciertas artes, como la italiana, ni al del comercio, y por ende al del interés, como la inglesa; recorre la historia para colocarla en el tono de Tácito; la poesía, para emular á los latinos; la filosofía, para demostrar que, como más allá del Rin, se puede pensar en castellano; en una palabra, hace resonar entre los eslavos y entre los semitas un eco de Roma y de los colaboradores literarios y científicos de Alfonso el Sabio, y comunica al nuevo con las mismas palabras el pensamiento del antiguo mundo. Bandoz y Osiris, en su *Histoire de la guerre de Maroc*, dicen que los Vargas y Castillos de Tetuan aún recuerdan á sus progenitores españoles, y que los rabinos invocan en Marruecos, para celebrar los matrimonios, las leyes y usos de Castilla. ¡Hermosa perspectiva para nuestros hijos, que podrán medir en el mapa, por la extensión de nuestro idioma, los límites del señorío de sus abuelos, cerrando los ojos para no ver cómo ha sido de larga y penosa la decadencia de la patria!

Las nieblas de Londres.

No hay viajero que haya recorrido ciertas ciudades de Inglaterra, y sobre todo la de Londres, que no nos hable de la niebla producida en la gran metrópoli por el humo de las chimeneas de fábricas y grandes talleres: un economista ha calculado la cifra de cinco millones de libras esterlinas anuales para el valor de los residuos de la combustión en aquella atmósfera fatigosa y pesada, que sin duda es una de las principales causas de insalubridad para ciertos barrios.

Lo que fué Pompeya.

Con motivo de las fiestas recientemente celebradas en esta antigua ciudad, se ha recordado por algunos escritores la gran catástrofe que durante el reinado de Tito, delicias del género humano y en el año 79 de nuestra era, sepultó bajo la lava del Vesubio tres florecientes ciudades. Se ha contado el número de animales cuyos esqueletos se descubrieron en las ruinas, y con mucha más razón el de cadáveres humanos, no inferior á 1.200. Se han moldeado en yeso los despojos de un perro que en la casa dicha *de Orfeo* se encontró amarrado á una cadena. Hallóse el cadáver de una mujer, rodeado de las joyas y atavíos, que sin duda acababa de quitarse al volver de un espectáculo público. Semillas que confiadas á la tierra han germinado después de descubiertas; libros que se han podido leer, la mayor parte griegos y de escaso interés artístico y literario; soldados en el cuerpo de guardia; siervos en el *ergástulo* y presos en las cárceles, representantes de casi todas las clases de aquella sociedad, han vuelto á ver la luz del día, gracias al deseo de investigar las reliquias de las edades pasadas. Lytton Bulwer en sus *Ultimos días de Pompeya* contribuyó á vulgarizar estos conocimientos, adornándolos con todos los encantos de un lenguaje poético y de una representación tan fiel como dramática.

La inteligencia de los animales.

En los autores antiguos griegos y romanos se registran aquí y allí esparcidos muchos datos relativos á este interesante problema, uno de los que más han excitado la curiosidad del vulgo y las investigaciones de los filósofos. Eliano, á vuelta de algunas noticias exactas, nos dejó una historia natural llena de consejos maravillosos. Descartes, con su peregrina teoría de los animales-máquinas, se atrajo multitud de censuras, y desde aquel sabio hasta nuestros días se ha modificado tanto la opinión, que hoy se reúnen los fundamentos más numerosos para sostener la contraria. Las teorías de Darwin nos han llevado á un concepto de la psicología general, que la coloca entre las ciencias naturales, y la observación y el experimento han pasado á ser dos de los principales medios de estudio en esta rama de las ciencias morales.

Ya en el *Coloquio de los perros*, de nuestro Cervantes, decía uno de ellos, Berganza: «Sé que después del elefante, el perro tiene el primer lugar de parecer que tiene entendimiento (esta expresión es felicísima y por demás exacta), luego el caballo y el último la jimia.» Y contestábale Cipión: «Así es; pero bien confesarás que no has visto ni oído decir jamás que haya hablado

ningun elefante, perro, caballo ó mona (el orador no habria oído citar al corcel de Aquiles en Homero), por donde me doy á entender que este nuestro hablar tan de improviso cae debajo del número de aquellas cosas que llaman portentos, las cuales, cuando se muestran y parecen, tiene averiguado la experiencia que alguna calamidad grande amenaza á las gentes.»

En el *Correo de Ultramar*, periódico español que con las firmas de nuestros primeros literatos se publica en París, hemos leído un notable artículo de Fisher acerca de la inteligencia de los monos, á los que Berganza concedía el primer lugar después del hombre en el orden de la inteligencia. En dicho escrito se hace á los cuadrumanos del continente antiguo más inteligentes que á los del nuevo: se afirma que llegan á comprender hasta cierto punto nuestro lenguaje, y que mejor que los niños y ciertos salvajes comprenden el significado de los dibujos, en los que reconocen á los individuos de su especie, que en ellos se observa la risa y la sonrisa, y que la memoria puede tener entre ellos un prodigioso desarrollo. El artículo parece seguir la corriente de las doctrinas de Darwin.

Noticias de América.

En los últimos periódicos americanos que hemos recibido observamos que en Costa-Rica los ánimos se preocupan con la expulsión de los jesuitas, que parece se han arraigado en aquel país; que en Colombia los Sres. Tovar y Caicedo han denunciado dos minas de esmeraldas, una de las cuales se beneficiaba ya en tiempo de la dominación española; que el célebre escritor colombiano D. José Isaacs, autor de la preciosa novela *Maria*, ha recibido una carta gratulatoria de Moleschott, catedrático de fisiología de la Universidad de Roma y Senador del reino de Italia, y otra del Presidente de la Confederación Argentina, invitándole á que fije su residencia en Buenos-Aires, y que la redacción del periódico *La Nación*, de esta capital, dirigido por Mitre, cuyas ganancias ascienden á 30.000 pesos fuertes al año, está construyendo un magnífico palacio para sus oficinas. Se nos da también noticia de los viajes del fraile Bernardino Gonzalez, que ha descubierto grandes bosques de marfil vegetal; de Don Nicanor Larrain y sus expediciones al país de los indios *Tehuelches*; de las de Fontana y Solá, exploradores nuevos del Chaco; de las de Moreno por la Patagonia, y de las de Bartolomé Rossi y de su reconocimiento de los límites del Plata con el Brasil y con la provincia de Matto Grosso. Con este motivo se recuerdan los trabajos de Villavicencio acerca de la geografía del Ecuador y el viaje por América meridional siguiendo los grandes ríos, y el libro que lo refiere de Michelena y Rojas, que refutó á Humboldt en muchas ocasiones, y á quien durante su permanencia en Madrid tratamos íntimamente.

En los Estados-Unidos circulan sobres ya sellados para la correspondencia pública y particular.

El consumo de la carne y el del trigo.

Por más que se hayan encomiado las ventajas de la alimentación vegetal, desde los pitagóricos hasta nuestros días no ha podido negarse que la robustez de las razas humanas se halla en razón directa del consumo de las carnes.

Se regula en los Estados-Unidos en 120 libras el que corresponde á cada habitante, medida que en la Gran Bretaña es de 110, en Francia de 66, en Suiza de 51, en Alemania de 48, en Suecia y Noruega de 45, en Rusia de 44, en Holanda de 40, en Austria de 39, en España de 29, en Italia de 28, y de 20 en Portugal. En los Estados-Unidos se regula el consumo de trigo en 290 kilogramos por habitante, próximamente lo mismo que en la Gran Bretaña, y en Suecia y Noruega y Portugal en 181. El consumo total de trigo es de 68 y $\frac{1}{2}$ millones de toneladas al año, período al que también se refieren todos los datos anteriores, y los terrenos dedicados al cultivo de la gramínea predilecta de Ceres y Triptolemo ocupan en muchos países una gran parte de la superficie laborable.

Los miasmas telúricos.

La *Gaceta de los hospitales de Guatemala* refiere á la influencia de estos miasmas las epidemias de Plymouth (1749), Abbeville (1856), Weimar (1850), Finlandia (1870), Viena (1871), Ginebra (1805) Dordogne (1842), Bonn (1866), Breslau (1871), París (1842), Maguncia (1813), Rhoden Island (1749), Lausanne

(1755), Santo Domingo (1801), Rio Janeiro (1873), Buenos-Aires (1871), Filadelfia (1853), Pointe-aux-Pitres (1869), Andalucía (1800 y 1813), Londres (1837), Siberia (1827), Cayenne (1850), Moskow (1789), Aberdeen (1864), y otras muchas. *Sostiene dicho periódico que son más peligrosos que los miasmas palúdicos, y recomienda, según los períodos de la infección, los medicamentos tónicos, los antisépticos y los indicados contra los parásitos.*

Sería de desear que hoy se publicase una obra, continuación de la de Villalba, sobre *Epidemiología española*.

ANTONIO BALBIN DE UNQUERA.

EL VINO DE MÁLAGA

Si deslumbrados por el terso brillo de las copas radiantes en que tiembla refugiada la luz; si entusiasmados del vino ante la clara transparencia vieron del Manzanilla en los cristales la sevillana y clásica belleza; en el Borgoña los antiguos cuentos; en el Champagne la resonante fiesta; en el Falerno báquicos festines; en el Chipre los cánticos de Grecia; en el Rhin las fantásticas baladas, y en el Jerez los timbres de la guerra, del Málaga sabroso que se oculta en el fondo sin luz de la bodega, para cantar la esclarecida fama del arpa templo las sonoras cuerdas.

En el suelo feraz en que apacible el Guadalhorce extiende sus riberas, donde del sol cada impalpable rayo la vida rota en luminosas hebras; donde enjambres de pájaros cantores en arpegios y trinos se contestan, y desliza la mar olas de raso que se trasforman, al quebrarse, en perlas, la vid sus brazos con amor levanta donde racimos transparentes cuelgan, sobre los cuales, cuando tiernas crecen, y luego encubren la rugosa cepa, del aire al soplo temblorosas fingen las verdes hojas esmeraldas trémulas.

En aquel suelo en que, al andar no hay modo de no ir pisando sobre flores bellas, el Málaga circula por las vides como mudo raudal bajo la tierra. ¡Ved! trasportados los racimos claros á la pesada y vigorosa prensa, ¡cien torrentes de vida les arranca el lento caminar de cada pieza! Despéñanse los chorros en los cántaros como auríferas cintas que espumean; trasládanse á los senos en que duermen; fermentan en las lóbregas bodegas, y son, al paso que los años lentos sobre sus ejes de diamante ruedan, ¡licor luciente que supera al Chipre, que añade gloria á la triunfante Grecia!

El color de la púrpura de Tiro refleja en su cristal; su grata esencia, envidia de las rosas orientales, en el alma suavísima penetra; él enciende el valor y el heroísmo y engendra sin cesar mundos de ideas; alienta en él la vida en cada gota; en él la inspiración bebe el poeta, y en la copa radiante encarcelado, cristalino y diáfano, asemeja disolución brillante de rubíes donde reflejos irisados tiemblan.

Arda en el vaso el trasparente vino; el entusiasmo inflame nuestras venas, y brindando gozosos por mi patria ¡llenad la copa, y que los labios beban!

S. RUEDA.

Madrid.

LA MUJER Y EL CRISTIANISMO

(Conclusion.)

III.

Ciertamente que la mujer es el primer pelotillo de la escala social, cuya educación debe ser tanto más esmerada cuanto mayores sean los deberes que la sociedad le impone. Hé ahí la razón por qué los Estados más cultos de Europa y América se esfuerzan en dar un gran desarrollo á la educación de la mujer, que rancias preocupaciones la habían pospuesto al hombre en el movimiento intelectual, reduciéndola á los estrechos límites del hogar y á las labores propias de su sexo. No en vano luchó un día tras otro contra absurdas aberraciones que, limitando su inteligencia, le impedían remontar su vuelo á la esfera de los conocimientos humanos, hasta que las conquistas de la civilización le abrieron paso por entre los diferentes ramos del saber, que puede cultivar con lucidez y aprovechamiento, demostrando su aptitud para el estudio de las ciencias tanto especulativas como de observación. ¿No vemos en la antigüedad á la célebre Hipatias brillar por su erudición en la escuela de Alejandría? ¿No vemos á tantas otras por sus talentos y virtudes influir poderosamente en los destinos de los pueblos? Sí; pero se nos dirá que «estas fueron fulguraciones que pasaron como relámpagos, cuyos luminosos destellos se extinguieron bien pronto ante los groseros ataques de imprudentes reformadores que, monopolizando su educación, no la dejaban salir del estrecho círculo de sus costumbres, sin que le fuera posible dar libre emisión al pensamiento ni poder, por consiguiente, elevarse á concepciones abstractas que, ilustrando su razón, pudieran contribuir con su ofrenda á la marcha paulatina é incesante de la civilización.» ¡Raros contrastes de la vida humana! Sorprende en verdad ver, en esos siglos de ostracismo para la mujer, brillar genios, cuyos nombres inmortales nos trasmite la historia con letras de oro. Y sorprende mucho más que en este siglo de las luces, siglo gigante, de los grandiosos descubrimientos, en que las ciencias llegaron á su mayor apogeo, verla continuar en el lamentable estado de una educación puramente superficial que, entregada á los vuelos de la imaginación y la fantasía, seca el corazón y mata la inteligencia, y que, según la feliz expresión de un escritor moderno, barniza la superficie del tronco sin llevar su savia productora á la raíz.

He aquí cómo se expresa una escritora contemporánea respecto al estado actual de la educación de la mujer: «Leen y escriben á las mil maravillas... se las enseña aritmética, geografía y otras lecciones, que olvidan apenas estudiadas... bordan primorosamente... tocan con agilidad y soltura, y modulan con voces argentinas las inspiraciones celestiales de Rossini y de Bellini, rivalizando con las célebres actrices de la Ópera.» ¿Es este buen sistema de educación? Si ella es la que forma las costumbres, como dice Segur, hoy que la civilización ha reformado las instituciones sociales con los brillantes resplandores de la luz misteriosa del progreso, es cuando puede más que nunca dedicarse á una educación sólida, que le ayude á reconquistar en el mundo sus legítimos derechos y á coadyuvar con su actividad científica á las bellas conquistas del entendimiento humano.

Nada diremos respecto al sacerdocio de la mujer, es decir, esa misión sagrada que le impone la naturaleza, cual es la de educar á sus hijos. Sobre este punto dejaremos correr la pluma de otra escritora, contemporánea también, que se expresa en estos términos: «Cuando el

sér que se trata de educar es una niña, todo cuidado es poco, pues que de la niña se hace la mujer, la madre de familia; y la madre de familia, mal que les pese á los que niegan toda participación á la mujer en el desarrollo social, es la que siembra el fruto que ha de recoger la sociedad: formad buenas madres de familia y habreis formado una generación llena de virtud, de entusiasmo, de abnegación, de grandeza, porque los hijos son la madre.» ¡Qué bello cuadro! ¡Con qué colorido traza esta escritora la influencia que ejercen las madres en la educación de los hijos que, hablando al corazón con la dulce voz de los recuerdos, les sirve de escudo en todos los azares de la vida, y que no hay nadie que no se sienta conmovido al recordar los albores de su infancia, las caricias y los desvelos de ese sér tan querido, á quien todo lo debemos, nuestro pasado, nuestro presente y nuestro porvenir! No hay figura tan grandiosa ni más sublime en toda la creación... Ella es la que guía nuestros primeros pasos; ella es la que, á fuerza de trabajos y desvelos, nos pone en relación con los demás seres, y ella es, en fin, la que nos sostiene en nuestra peregrinación por el mundo con los sabios preceptos de moralidad y virtud, que tan bien supo inspirarnos en nuestros primeros años. La misma naturaleza nos dice que la ternura de una madre no tiene límites: á donde quiera que extendamos la vista veremos siempre el mismo cariño, la misma afecionividad que, reflejándose en todos sus actos, nos demuestra que sólo ella... ella nació para el íntimo enlace de esos afectos tiernos, incommensurables, infinitos, sujetos á una ley de sucesión y relación continua que, encarnada en la naturaleza misma, ni el tiempo ni las distancias pueden borrar. Hay más: tiene en su misma naturaleza y en su sensibilidad algo de sobrenatural que grandemente se presta al apostolado de la instrucción; y nadie mejor que ella, por la ternura de sus afectos y por los medios de persuasión de que dispone, puede contribuir tan poderosamente al desarrollo intelectual que, desenvolviéndose en su esfera de acción, es la palanca motora de todo el mecanismo social.

«¿Queréis grandeza en las naciones? ¿Queréis que éstas sean imperecederas y pasen á la posteridad como esos astros fulgurantes que iluminan el porvenir con sus esplendentes rayos? Pues eduquemos á la mujer, ofrezcámosle abundoso alimento intelectual y moral, y tendremos lo que produce siempre una virtuosa educación materna: grandeza, libertad é independencia.» Es incuestionable la influencia de la mujer en los destinos del mundo. La historia, fiel trasunto de los hechos, nos la presenta al través de las edades como el emblema de las más altas virtudes, especialmente aquella que tuvo la suerte de nacer bajo la influencia de las ideas religiosas, que despejando su razón con la vivísima luz de una educación más ó menos esmerada, pudo remontarse á la altura de los grandes genios que á grandes intervalos se digna Dios arrojar en medio de la humanidad, como relámpagos pasajeros de su poder y su grandeza. Como prueba de esto mismo vemos en el Oriente á las Pulquerias, las Ireas y las Teodosias, que gobernando felizmente sus Estados llegaron á ser las más esclarecidas lumbreras del Cristianismo. El imperio de Occidente, dice un historiador, fué más ilustrado por una mujer virtuosa que por todos los hombres que lo rigieron después de Carlo-Magno: la Reina Batilda, esposa de Clodoveo XI, pasó á ser regente de Francia, y entre los muchos beneficios que dispensó á su pueblo, el más esencial, el que constituyó uno de los más bellos florones de su corona, fué el abolir la esclavitud, declarando que el cristiano

no podía ser esclavo de nadie, y que todo esclavo se hacía libre al poner el pie en el suelo francés. Estos y otros muchos ejemplos que podríamos citar convencen hartamente de cuánto es capaz la mujer virtuosa en cualquiera de las condiciones de la vida, sin excluir la más alta jerarquía social. Todos convienen generalmente en que los reinados de las mujeres han sido para el mundo mucho más beneficiosos que los de los hombres. Mas... ¿dónde están las Berenguelas que, según dice el mismo historiador, fué tres veces gran Reina á la sombra de los sentimientos religiosos que habian formado su corazón, inoculando en él la semilla de memorables acciones? ¿Dónde está su hermana Blanca, Reina de Francia, madre de San Luis y tía de San Fernando, cuyas virtuosas máximas hicieron á estos dos príncipes la gloria de sus Estados, siendo el uno patrono de las Españas y el otro de Francia, que fué el más precioso legado que les pudieron dejar sus augustas madres? ¿Y dónde están, por último, entre tantas otras que sería prolijo enumerar, Eduvigis, soberana de Polonia, y que ella sola sofocó una sedición que habia estallado en Posmania; Maria Teresa de Hapsbourg, Emperatriz de Alemania, Reina de Hungría y Bohemia, que es considerada, sin contradicción, como un portento pocas veces visto de piedad, de saber y de valor, é Isabel la Católica en España, que es una de las más inmarcesibles glorias de nuestra historia patria?

Mucho ha podido en todos tiempos una mujer animosa, cuando guiada por una razón precoz ha cuidado ante todo de rendir culto á la ley natural, inmutable y divina en todas partes, cualesquiera que hayan sido las preocupaciones en materia de religión, bajo cuya influencia haya por desgracia cabido aquella nacer. Reiterados hechos han venido probándolo así desde la constructora de Babilonia y de mil monumentos seculares, desde la denodada Semíramis, Reina de los asirios, hasta la actual Emperatriz de la China que, influyendo poderosamente en el ánimo de su esposo el Emperador, pudo conseguir que aquel vasto imperio abriese sus puertas á la civilización y diese principio á nuevas y sinceras relaciones con las potencias europeas¹. Pero el sexo débil en lo físico, y tan fuerte en lo moral, como es de suyo propenso á la compasión y religiosidad, por más que se eleve siguiendo instintivamente la verdadera moral, buscando con solícito esmero hasta los más leves vestigios de ésta, no podrá nunca remontarse á su apogeo mientras le falten las sublimes inspiraciones del catolicismo, que hace á la mujer comprender la grandeza de su dignidad, la importancia de su misión y la extensión de sus deberes.

Grande, muy grande sería para nosotros la satisfacción de que esa bella mitad del género humano generalizase más su educación, elevándola al grado de cultura propia de nuestra época, y merced á sus adelantos verla brillar en la república de las letras cual diosa del Olimpo en ese cielo sin celajes, donde se ostenta la razón, embelleciendo la vida humana con sus gracias y virtudes.

EDUARDO REDONDO TORRES.

LLORAR POR LLORAR

Porque no estrenó un vestido
el día que ella pensaba,
la bella Aurora lloraba
su deseo mal cumplido.

¹ Tomado del *Montteur del Armée*, correspondiente al mes de Junio de 1861.

Lo estrenó: fuése á bailar,
y también allí lloró,
porque su Eduardo bailó
un rigodon con Pilar.

Lanzó sus ayes postreros
su madre, y ocasión tuvo
de no advertir ni una nube
en sus ojos hechiceros.

Y también murió su Eduardo
en mal tiempo y en mal hora,
y aunque me fijo en Aurora
en balde su llanto aguardo.

¡Como Aurora sé de ciento
que tienen á su acomodo
las lágrimas para todo...
ménos para el sentimiento!

JOSÉ JACKSON VEYAN.

REVISTA MENSUAL PARA «LOS DOS MUNDOS»

De Méjico á Veracruz.—El *Ville de Saint-Nazaire*.—La Habana y el gobierno general de la Isla de Cuba.—Nuevitas.—Catástrofe de *El Ligera*.—De Santiago de Cuba á Mayagüez.

Sr. Director de LOS DOS MUNDOS.

Aun habiéndole manifestado privadamente que suspendería mis correspondencias para su ilustrado periódico hasta hallarme en Centro-América, no he querido dejar pasar el presente mes sin transmitirle las noticias de interés general que á mi juicio puedan ser útiles para una publicación que, como la que usted dirige, circula con profusión y es admitida con marcadas simpatías en ambos continentes.

Nada diré de hechos meramente particulares que en tan gran número se suceden y que en los largos viajes no dejan de tener sus atractivos. Esto queda reservado en el libro de apuntes para artículos recreativos que los lectores de LOS DOS MUNDOS es posible registren en sus columnas cuando ménos lo esperen.

Tampoco es aquí oportuno, por su escasa trascendencia general, el conocimiento detallado de las circunstancias en que se encuentre con relación á un país, quien por causas especiales y de carácter público lo abandona. Si de esto me fuera dado ocuparme, cansaría con apreciaciones tal vez tan exactas como oportunas; pero que es conveniente dejarlas para personas que con mayor calma é imparcialidad puedan referir sucesos en los que no habiendo sido actores tienen necesidad de observar completa severidad de criterio para cumplir estrictamente los deberes del mero narrador.

En el viaje de Méjico á Veracruz, lo más notable como digno de mencionarse es la línea férrea.

La distancia desde la metrópoli mejicana hasta su principal puerto en el golfo se recorre actualmente en catorce horas, siempre descendiendo desde las alturas del Anahuac y del Maltrata, que es donde se encuentra situada la capital de la nación.

Es notable la línea férrea porque representa grandes ventajas al comercio, facilitando el movimiento industrial de los pueblos que hay en su largo trayecto; pero es mayor aún, porque parece inverosímil que se hayan vencido dificultades casi insuperables que presenta la naturaleza del terreno, completamente accidentado, y con un sistema de rocas que, sucediéndose durante muchos kilómetros, han hecho imposible tender un sólo riel por valles ni llanuras en más de cincuenta leguas de extensión.

Puede decirse que el descenso del tren comienza desde las primeras estaciones partiendo de la capital. Pero donde se hace sensible y hasta violento, es en el sitio denominado *Esperanza*, que ofrece encantador panorama, permitiendo que la mirada del viajero llegue hasta el fondo de horriblos precipicios ó se extienda por infinitas series de colosos de granito, que pasando la elevación de algunos de ellos hasta de 5.000 metros, quedan dominados desde la cima del potente y gigantesco Maltrata.

Cuando se llega á Orizaba y el célebre pico de igual nombre indica el límite del clima frío sustituido por el cálido, ya va desapareciendo la impresión desagradable y el desaliento que generalmente acusa en los viajeros tan peligroso viaje.

Después de Córdoba, y de los llanos inmensos que á continuación forman la parte más rica de aquel Estado, la naturaleza del terreno, su perspectiva, sus productos, todo ha variado. Ya en vez de territorios incultos, de rocas escarpadas y de sitios áridos, se observa la exuberancia de vegetación de los países tropicales, con la caña de azúcar, el banano, la palmera, el ananás y el mangó, el cacao y el café, frutos privilegiados de los parajes que la naturaleza ha favorecido con dones valiosos de su inmenso poderío y manifestaciones de extraordinaria prodigalidad.

Hasta Veracruz, que termina la línea férrea, el clima, sus producciones y la naturaleza de los terrenos es uniforme, notándose algunas diferencias de temperatura por las brisas de mar, que hacen agradable en ciertas horas de la noche la histórica ciudad del golfo, antiguamente temible por la célebre fortaleza de San Juan de Ulúa y en nuestros días tan sólo temida por las enfermedades de carácter epidémico que imperan en la población y por los fuertes vientos que soplan en su bahía y que han hecho aquel puerto, si no del todo imposible, al ménos muy difícil para la navegación de los buques ultramarinos, por los peligros que ofrece la entrada y permanencia en él.

La Compañía Trasatlántica francesa tiene establecido servicio de vapores correos que, partiendo de Veracruz, hacen escala en la Habana.

El *Ville de Saint-Nazaire* fué donde hice el viaje hasta la perla de las Antillas, sin que dejara nada que desear el buque en sus condiciones de trato ni comodidad respecto á los pasajeros. Pero atendida la competencia que hoy existe en esa carrera por la frecuencia y cantidad de pasajeros, como por el movimiento comercial, debería establecerse mayor regularidad en la expedición de billetes de pasaje y en las condiciones del transporte de mercaderías y equipajes.

Sería fácil citar al respecto muchos puntos de verdadero interés público; pero careciendo de espacio, bastará un caso que sirva de ejemplo.

El embarque de equipajes en Veracruz se hace directamente y por cuenta de los interesados. En la Habana es todo lo contrario, á la llegada de los vapores, porque la casa consignataria se encarga, con ó sin la voluntad de los pasajeros, de trasportar todos los equipajes hasta la aduana; y esto, además de originar muchos abusos, es perjudicial, pues que en días de lluvia, como sucedió á la llegada del *Ville de Saint-Nazaire*, no teniendo embarcaciones á propósito para el objeto, se atropellan los intereses de las personas sin consideración ni respeto de ningún género y sin que sea posible pedir ni aún la protección de la autoridad pública, dado el estado en que se encuentran los funcionarios inferiores en la capital de la gran Antilla.

Hay abusos que, constituyendo sistema, no hay disculpa de que sean casuales, y conviene su mayor publicidad para que no cause nuevas víctimas, ó para que sean corregidos por aquellos á quienes interesa el crédito y buen nombre de una empresa.

La opinión pública en la Habana está muy excitada con el estado económico que afecta evidente gravedad, y que, según aseguran, carece de precedente en la Isla de Cuba.

Sin faltar espíritu público, carácter, ni valor para la lucha armada, es casi seguro el afianzamiento de la paz, esperándose el remedio de las desventuras que sufre el país, en virtud al desenvolvimiento lógico de ciertos acontecimientos y con la adopción de trascendentales medidas.

En Cuba se espera hoy todo de las reformas que han solicitado ante las Cortes los Diputados de la Isla. Es indudable que ellos atenuarían los efectos de la crisis económica y que darían gran impulso al comercio, hoy en un estado de postración que causa verdadero desconsuelo, analizando discretamente el secreto de la prosperidad por que en años anteriores pasó la Habana.

El Gobierno general de la Isla inspira en la actualidad tanto respeto como justificada confianza por la persona que lo desempeña.

Es el General D. Ignacio María del Castillo, bastante conocido para que hagamos elogio de sus